

—La gente atribuye a la princesa numerosos y variados amoríos; pero lo cierto es que sus amigos nunca sospechamos que tuviera un amante. Vayamos a decirle adiós.

El estudio de la escultora se había transformado en capilla ardiente. La princesa descansaba sobre su lecho; se veía en su sien una manchita roja; la llama oscilante de los cirios animaba su rostro; sólo su trágica palidez confirmaba la muerte. Sus facciones conservaron la impasibilidad que tuvieron en vida, acaso porque la princesa creía, como los antiguos, que la expresión contradice a la belleza. Le habían puesto un hábito blanco. Su madre, sentada junto a ella, flaca, desgredada, tenía en aquel instante ojos de bruja. Los amigos llegaban en grupos, y se iban lentamente.

XXVIII

«NO ESCRIBAS»

Hacia ya dos años que el señor Dubois iba sólo de tarde en tarde a nuestra casa, tan frecuentada por él anteriormente. En sus cortas visitas, que al parecer ya no le interesaban, no se complacía como antes en inquietar a mi madre con discusiones acerca de la moral y de la fe. Aquellos discursos de severa elegancia, tan sustanciosos y tan ejemplares que me prodigó en la niñez, apenas me los ofrecía, precisamente cuando pude saborearlos mejor. ¿Estaba ya cansado de discurrir y de hablar? ¿Le pesarían sus muchos años? No lo aparentaba; su aspecto no había cambiado; parecía inmutable. Acaso, por no encontrar ya en mí una blanda cera donde imprimir sus pensamientos, no le era grato comunicar sus ideas a un mozo que le oponía las suyas, algunas veces con poca mesura y sin todo el respeto debido. Sin embargo una tarde de otoño resonó la campanilla de la puerta, imperiosa y breve como cuando llamaba el señor Dubois. Era él; sus grandes anteojos de cristales azul oscuro no permitían ver la expresión de su mirada. Ocupó un sillón,

cruzó sobre sus piernas los faldones de su larga levita vercosa, y habló magníficamente como en otro tiempo. Abundaron en su conversación «las palabras divinas, como en invierno la nieve sobre las cumbres».

—Pienso—dijo, entre otras cosas dignas de ser reflexionadas—, pienso, amiguito, que debes hallarte familiarizado con la idea de progreso. Ya está universalmente extendida, y pudiera sorprender que esta idea haya prevalecido en una generación, que por una inferioridad notoria la justifica menos que las anteriores. Pero el sentimiento religioso, debilitado en estos tiempos, ha permitido que, insensiblemente, a la idea de estabilidad impuesta por el dogma sustituyera la de un progreso indefinido en la libertad. Esta idea es halagadora para los hombres, y por esto la admiten. Todas las ideas aceptadas unánimemente son las que satisfacen la vanidad o alientan la esperanza; ideas consoladoras; y lo que menos preocupa es que respondan o no a la realidad. Analicemos el Progreso, con el cual se llenan la boca los contemporáneos. ¿Qué significa esa palabra? Si la definimos como buenos gramáticos, diremos que es un incremento en bien o en mal, conforme a lo que podemos discernir del Bien y del Mal; y de este modo nos representamos la marcha de la Humanidad. Pero si, como ahora se afirma sin meditar lo que se habla, decimos que es el movimiento de la Humanidad sucesivamente perfeccionada, estableceremos un principio que no

responde a la realidad. No se observa ese movimiento en la Historia, la cual sólo nos ofrece una continuación de catástrofes, y de progresiones intercaladas con regresiones. Los primeros hombres eran míseros y carecían de arte, pero los adelantos de su posteridad en la industria produjeron tantos males como bienes, y multiplicaron los sufrimientos y las miserias de nuestra especie, a la vez que su poderío y su bienestar. Fijémonos en los pueblos más antiguos que dejaron monumentos de su genio, y comparémoslos con nosotros. ¿Construímos acaso mejor que los egipcios? ¿En qué somos superiores a los griegos? No desconozco sus vicios y sus defectos; con frecuencia fueron injustos y crueles; se desangraron en guerras fratricidas. Pero, nosotros... ¿qué hicimos? Nuestros filósofos, ¿son más sabios que los suyos? ¿Tenemos en Francia o en Alemania un pensador más profundo que Heráclito de Efeso? ¿Labramos ahora más bellas estatuas y templos de mayor serenidad y grandeza? ¿Puede suponer alguien que se haya escrito modernamente un poema tan hermoso como la *Iliada*? Los espectáculos nos atraen con avidez, pero ¿pueden compararse nuestras comedias con una trilogía de Sófocles representada en un teatro ateniense? ¿Y acerca de las ideas morales? Es preciso remontarse hasta los misterios de Eleusis para reconocer las más elevadas ideas que nuestra raza concibió respecto a la muerte; y en cuanto a la organización y a la policía de los pueblos, realizóse un poderoso esfuer-

zo cuando Augusto cerró las puertas de Jano y alzó en Roma el altar de la paz, y cuando la inmensa majestad de la paz romana envolvía el mundo. Pero Roma pereció, y después de su caída el mundo quedó sometido a los bárbaros, quienes, aun ahora, en vez de restaurar y proseguir la obra de César y de Augusto, la condenan, temerosos de que se alce como un obstáculo contra sus ansias de saqueo y homicidio. Ningún hombre, entre todos los pueblos enemigos, ningún hombre se preocupa de la institución que garantice la tranquilidad universal, ni de establecer poderosas anfictionias que prevalezcan sobre los Estados y los limiten al derecho. Si hubiera un ciudadano capaz de imponer este régimen, que sería la salvación de la Humanidad, le maldecirían las honradas gentes de su patria y de todas las patrias, por haber querido privar a los patriotas del privilegio más apetecible, que glorifica la matanza y el robo. Y esta unanimidad de los pueblos en el odio y en las ansias codiciosas, resulta más que suficiente para comprender en qué clase de progreso se precipitan.

»Reconozco sin dificultad que las ciencias modernas representan un adelanto considerable sobre las antiguas; pero las ciencias se forman por aportaciones continuadas, y se necesitó más genio para constituir las como lo hicieron los griegos, que para llevarlas después al grado sorprendente de perfección que las hemos elevado. Pero la Historia demuestra que el trabajo de las generaciones no es

continuo; se sabe que en ciertas épocas la cultura se oscureció por completo; y hasta en los períodos felices, en que las generaciones han intervenido en el desarrollo de las ciencias, no parece que el adelanto de los conocimientos y la multiplicación de los inventos hayan mejorado mucho las costumbres. Y lo que desespera más a mi juicio es advertir que cuando al perfeccionarse una ciencia aporta un conocimiento nuevo, cuando la astronomía, por ejemplo, nos descubre la estructura universal, los hombres cultivados no logran enaltecer su inteligencia hasta el punto de rechazar todo aquello que rechaza y contradice la nueva idea del universo que se les impone. Al contrario: después de probada su falsedad conservan los antiguos errores, como una prueba desoladora de su estupidez.

»Ensalzad el progreso, ciudadanos, enorgulleceos de vuestra aptitud creciente para la perfección, glorificad, cacaread vuestras alabanzas hasta que deis en la tumba.»

El señor Dubois cambió de asunto; sacó de su bolsillo un librito en octavo, que forma parte de la bonita colección de poetas griegos, publicada por Boissonade a principios del siglo XIX. Era uno de los tomos de Eurípides; lo abrió por el *Hipólito*, y leyó las frases de la nodriza. Las traducía en francés, ya sea por atención a mi madre que se hallaba presente, ya por mí, puesto que desconfiaba mucho de la enseñanza del griego en la Universidad del Segundo Imperio.

«La vida de los hombres no deja nunca de ser
 »dolorosa, sus padecimientos no le dan tregua.
 »Pero, si hay algo más apetecible que esta vida,
 »una oscura nube lo rodea y lo oculta a nuestros
 »ojos. Nos aferramos locamente a esta vida, go-
 »zada sobre la tierra, porque no conocemos otra,
 »porque ignoramos lo que ocurre en los infiernos,
 »y porque nos ha seducido el engaño de las fá-
 »bulas.»

El señor Dubois releyó este pasaje:

«Nos aferramos locamente a esta vida, gozada
 »sobre la tierra porque no conocemos otra, porque
 »ignoramos lo que ocurre en los infiernos, y por-
 »que nos ha seducido el engaño de las fábulas.»

—Eurípides—dijo luego—, que era profunda-
 mente filósofo, atribuyó acaso con excesiva liberali-
 dad su propio discurso a la vieja nodriza de la reina.
 Tiene razón al decir que los hombres se aferran a
 esta vida, con ser como es, y no exagera el espanto
 que producen las fábulas inventadas acerca del
 otro mundo. Pero yo, que no temo los infiernos, y
 que no me dejo engañar por las fábulas, desconfío
 del arraigo que nos procura la existencia terrenal
 que no me proporcionó un solo día feliz en tres
 cuartos de siglo. Compréndeme, amiguito: aun
 cuando la suerte me ha evitado los infortunios que
 prodigó a otros mortales, aun cuando no he sufrido
 enfermedades crueles ni duelos terribles, no quie-
 siera resucitar ni un solo día de mi existencia; y
 sin embargo te aseguro que sin saber cómo, sin

fundamento razonable, aun espero algún bien, al-
 guna satisfacción, en esta vida que ya se prolongó
 para mí más de lo que acostumbra. En esto soy
 hombre. Amamos la vida; y debo reconocer, si no
 por experiencia personal por raciocinio, que esta
 perra vida (es la señora de Sévigné quien la llamó
 así) tiene algo de bueno aun cuando yo no lo haya
 notado. Tiene algo de bueno, porque no se conoce
 otra y por lo tanto en ella se origina el concepto
 del bien como el concepto del mal. Pero las apti-
 tudes para la vida no son iguales en todos los hom-
 bres. Yo creo que las medianías tienen más activi-
 dad para la dicha que los hombres superiores y que
 los imbéciles. Debemos desear a los seres que ama-
 mos la medianía del cerebro y del corazón, la me-
 dianía del estado social, todas las medianías.

Después de haber disparado esa flecha con su
 acostumbrada impasibilidad, el señor Dubois sacó
 del bolsillo su pañolón rojo y se lo acercó a los la-
 bios. Mientras apretaba una de las puntas del pa-
 ñuelo con los dientes, lo retorció con ambas manos
 de un modo semejante a lo que hizo el viejo Cha-
 teaubriand en la Abbaye-au-Bois, cuando quisie-
 ron asociarle a los encomios prodigados a un joven
 poeta, según lo atestigua el señor Herriot en su his-
 toria de la señora Recamier. El señor Dubois sos-
 tuvo largo rato aquella actitud; después de guardar
 el pañuelo en su bolsillo, me preguntó cómo iba
 la publicación acerca de los pintores en la que yo
 colaboré y de la cual ya nadie le hablaba.

Le respondí, como era la verdad, que nuestra historia de los pintores no había encontrado la favorable acogida que nos prometíamos y fué necesario interrumpirla en sus comienzos. Añadí que su interrupción me hizo perder un empleo muy útil además de agradable, y que al presente colaboraba en un voluminoso diccionario de antigüedades, trabajo más difícil y menos retribuido.

—Buscar datos acerca de los artistas antiguos y escribir notas referentes a asuntos arqueólogos, me parece muy bien—adujo—, es una tarea que no produce lo suficiente para vivir, pero que no resulta desagradable al que la realiza, si tiene aptitudes para ello; una buena compilación no compromete al que se ocupa en hacerla, y hasta puede honrarle sin exponerle a muchos peligros. No sucede lo mismo, amiguito, con las obras literarias, donde el autor deja un rastro de su ingenio, se significa, se descubre, se manifiesta, con el propósito de darse a conocer en la poesía, en la novela, en la filosofía o en la historia. Es un intento aventurado para quien estima su tranquilidad y su independencia. Escribir para el público una obra original es correr un terrible peligro. Créeme; reserva tu ingenio; y no escribas. Menos mal si escribes un libro sin importancia, que no te saque de la oscuridad; cosa muy posible, porque el talento es poco frecuente, acaso evitarías tu infortunio, aunque tus amigos te ridiculizasen. Pero si tuvieras talento bastante para que tu obra fuese celebrada (no diré glorifica-

da): adiós tranquilidad, adiós quietud, adiós reposo, el máspreciado de los bienes. La turba de los envidiosos no dejaría de ladrarte y de morderte los zancajos; el ejército innumerable de los mediocres, que llena los teatros y las redacciones, atisbaría todos tus movimientos como si fueran crímenes, y te cubriría de ultrajes. Publicarían acerca de ti millares de calumnias; y serían creídos. No siempre halla crédito la sátira que puede contener verdades, pero lo halla siempre la calumnia. Los periodistas encargados de formar la opinión, dirían que violaste a tu madre y asesinaste a tu padre, dirían que no tienes pizca de talento. Sin duda tus obras te proporcionarían algunos amigos; pero amigos de lejos, diseminados, mudos, no harían cosa alguna en tu favor, no dirían nada que pudiera consolarte de tus dolores. Tus obras más insustanciales obtendrán preferencias. Y si escribes páginas atrevidas y profundas, la mayoría de los lectores no podrá seguirte. Sólo te seguirán los envidiosos, para recriminarte.

«¡No escribas!»

Era el señor Dubois de antes, era el señor Dubois reaparecido. Hasta porfió a mi madre aquel día, y expuso las ventajas de los molinos de oraciones.

Cuando se fué, mi madre, que le vió atravesar el patio, dijo que andaba con más arrogancia que los jóvenes. Me besó en el cuello y me dijo al oído: «Escribe, Pedrín, escribe; tu talento hará enmudecer a los envidiosos.»

* * *

Al día siguiente, un mozo enviado por Clorinda, la vieja ama de llaves, nos dijo que el señor Dubois había muerto. A los veinte minutos de recibir esta noticia entraba yo en el aposento de la calle de Sainte-Anne, donde sólo estuve otra vez y del cual guardaba un maravilloso recuerdo. En la antesala, Clorinda refería a los visitantes que al entrarle el desayuno el señor Dubois no estaba despierto. Ella le llamó, le tocó en el hombro, sin que el señor Dubois diera señales de vida; entonces ella corrió en busca del médico, y el médico se limitó a certificar la muerte acaecida horas antes.

Clorinda lloraba mucho y olía mucho a vino.

Vi al señor Dubois tendido en su lecho de muerte. Su rostro, sin el rojizo color que tuvo siempre, daba la sensación de una escultura en mármol blanco y parecía ser de un hombre robusto, en la fuerza de la edad. Colgados de la pared, sobre su cabecera, vi los hermosos desnudos de la escuela italiana, que tanto amó, y aquella *Celina*, de Gerard, que había turbado mi adolescencia.

Luego fijé los ojos en aquel muerto, de belleza marmórea y terrible. Era el hombre más considerable, por su inteligencia, entre cuantos conocí hasta entonces y he conocido luego, a pesar de que en mi larga vida traté muchos hombres famosos por sus escritos. Pero el ejemplo del señor Dubois, y de algunos otros que tampoco escribieron obras, me hace suponer que los más importantes valores humanos perecieron tal vez sin dejar huella;

y sorprende imaginar que un despreciador de la gloria tenga mayores merecimientos que los gloriosos, cuyo triunfo se funda en frases halagüeñas.